

gran mayoría de sus monumentos, naturales frutos de una acción oficial caracterizada en esto, como en muchos otros extremos, por una despreocupación inexcusable.

Para entender en todas las labores que serán necesarias para hacer efectivo el anhelo que aquí se expone, estiman los firmantes que debe constituirse una Comisión integrada por las más eminentes figuras de nuestra intelectualidad, nuestra política y nuestras fuerzas vivas, a la que las entidades representativas de nuestra varia actividad social y el pueblo todo, deben dirigirse en su apoyo a la obra emprendida.

No tienen los suscribientes duda alguna respecto al éxito de la idea que hoy desde aquí se lanza, porque nadie puede estar en desacuerdo con ella, y porque es un honor colaborar en tan alto empeño. Las instituciones cívicas que se mantienen inmaculadas en sus nobles y levantadas labores, las que con fines de legítimo provecho desarrollan en nuestro medio sus actividades privadas, el pueblo, que debe tener fijos sus ojos y pronto su apoyo en la obra de honrar a quienes, sin haberlo explotado con promesas incumplidas, han estado atentos de continuo a sus altos intereses morales, todos estarán a nuestro lado, porque es un deber en cada cubano, coadyuvar, en la medida de sus fuerzas a la realización de obra de tan alta significación patriótica.

A la Prensa, que fué honrada durante largo tiempo con la colaboración valiosísima de Enrique José Varona y Manuel Sanguily, quieren dirigirse de modo especial los firmantes, en la seguridad de que, concedora de sus fuerzas y celosa de sus responsabilidades, dará a la idea de honrar a los dos cubanos insignes, todo el calor y entusiasmo que merece.

Esforcémonos todos en la realización del ideal, ya que en ninguna ocasión como en esta puede repetirse más justamente con el Maestro que honrar, honra.

Juan Marinello Vidaurreta, José A. Fernández de Castro, Alberto Lamar Schweyer, Rubén Martínez Villena, Conrado Massaguer, José Z. Tallet, Mariano Brull, Jorge Mañach, Emilio Roig de Leuchsenring, Emilio Gaspar Rodríguez, Alfredo T. Quílez, Julio Villoldo, Gaspar Betancourt, José Manuel Acosta, Félix Lizaso, Francisco Ichaso, Eusebio Delfín, Juan Antiga Escobar, Calixto Masó, Enrique Roig, Luis Baralt, Alejo J. Carpentier, Gustavo A. Botet, Enrique Serpa, León Primelles, Federico Ibarzábal, Mario Guiral Moreno, Ricardo Sarabasa, Max Henríquez Ureña, Enrique Gay Calbó, Arturo Alfonso Roselló, Gustavo Gutiérrez, Mariblanca Sabas Alomá, Francisco G. del Valle, Raúl de Cárdenas, Carlos Loveira, Arturo Montori, Miguel A. de la Torre.

(Social. Habana).

Con motivo del 20 de Mayo

CAVILACIONES

MIRANDO hacia atrás ¿cabría pensar propiamente que la República no es la derivación legítima, sino acaso la adulteración, ya que no la antítesis, de los elementos originarios creados y mantenidos por la Revolución, que la engendraron y constituyeron? Porque en realidad parecen dos mundos contrapuestos: el uno, minoría candorosa y heroica, toda desinterés y sacrificio; y el otro, mayoría accidental y traviesa, toda negocios y dinero. Hoy mismo, estudiando los componentes de la nación, no se descubren la unidad de tendencias ni la unidad de estructura. Aparte las ideas e intereses de los grandes grupos—los de muy arriba y los de muy abajo—movidos por necesidades profundas, o por invencibles concupiscencias—nuestro legado tradicional, o—como otros le llaman—nuestro ideal, apenas si sirve, en luchas engañosas pero envenenadas, como bandera para encubrir, en nombre de la patria, villanías y atrocidades. Casi toda la tierra cu-

bana, mientras tanto, ha ido pasando a manos extrañas, al punto que nuestro pueblo, en su inmensa mayoría gente pobre, va asemejándose rápidamente a los colonos de la vieja Roma. La industria y el comercio no están tampoco en manos de cubanos, a quienes apenas si les quedan, como signos de su periclitante soberanía, la bandera nacional y los empleos públicos. Los que de ellos han hecho fortuna casi no son sino mínimamente cubanos; viven el mayor tiempo posible fuera del país y cuando vuelven a él parecen sentirse felices en los deleites de costumbres nuevas tan diferentes de las que formaron la familia patriarcal y el hogar sacrosanto de nuestros mayores. Los demás, toda la gente desventurada que aquí arrastra una vida inquieta, si no miserable, se ve manejada sin remisión ni reposo por grupos o castas, verdaderos clanes que invocan continuamente la Constitución que desprecian, la ley que violan y la patria que escandalizan y deshonoran,

cuando no ansían ni buscan por todos los medios sino sus medros y encubramiento.

Contra esas propensiones y vicios que nos consumen y aniquilan no veo prácticamente ningún medio adecuado y eficaz de reformatión y de mejoras que esté en nuestras manos y de nosotros dependa. Hace muy pocos días al llegar a los Estados Unidos un cubano ilustre advirtió a sus paisanos— a tenor de lo que refirieron los diarios —y con ocasión del alzamiento reciente,—que el verdadero y único panacea de sus males debían buscarlo en el sufragio; y muy poco después proclamó en la misma ciudad de Nueva York otro cubano, también ilustre, que era opuesto a las revoluciones, y que él, por suerte, había cerrado en esta isla su ciclo para siempre. Quiero suponer que estas declaraciones han sido auténticas y exactas; pero ¿cómo sostener, en presencia del alzamiento de Las Villas, guiado por un hombre distinguido y muy bien conceptuado en el país, que ya había terminado la era de las Revoluciones en Cuba? Citar el desastre del general José Miguel Gómez, no es concluyente, sobre todo si su derrota y caída, antes que a la acción militar, se debió indudablemente a la apasionada y resuelta acción diplomática de los americanos. A más de esto, el llamado «brote» de Las Villas, ha sobrevenido años después del infortunio de Caicaje, y se ha apagado casi sin ruido y casi sin sangre por mil motivos muy distintos de la acción diplomática. No creo juicioso ni oportuno juzgar de un suceso respecto del cual carezco de datos ciertos y averiguados. El mismo caudillo que así condenaba tanto a la Revolución como al Gobierno— si son auténticas las declaraciones que se le atribuyen— no puede asegurar que su propio destino, o sus propios deberes cívicos, no le colocarán en lo futuro donde su espada, como la de Breno, no pese en la balanza en hora tenebrosa y decisiva; pero quiera Dios que siempre los que estén en el poder y deseen perpetuarse en él por todos los medios recuerden y sigan la última admonición que hoy mismo le atribuye la prensa de esta ciudad: que el ejército cubano no debe apoyar ni menos imponer—como en pasado no muy remoto—las aspiraciones de ningún hombre, y menos si son aspiraciones impopulares e ilegítimas!

No hay, sin embargo, quien no esté persuadido de que la urna casi nunca encierra, al menos en nuestra estirpe latino-americana, la verdad pura como expresión sincera de la voluntad nacional. Para impedir que así sea, en ella entran en infernal ebullición, como en la marmita de las trágicas brujas, el interés personal, la audaz ignorancia, el cacicazgo soberbio, la violencia,